Dos fragmentos de

La costumbre de vivir

Segundo volumen de las Memorias de

José Manuel Caballero Bonald

Otro conocido mío de la Universidad, Juan Enrique Eizaguerín, geógrafo de profesión, me preguntó un día si me apetecía –si me provocaba, en el habla colombiana- ir a conocer al anticristo. La propuesta era tan tentadora que no tardé ni un segundo en decirle que sí, que nada podía provocarme más ni ser más de mi gusto. De modo que me citó para el día siguiente a media tarde en una esquina desacostumbrada y, desde allí, nos dirigimos hacia el sur de la ciudad en su automóvil –en su "carro"-, un viejo modelo que parecía salvado a última hora del desguace y que resoplaba atronadoramente por todos los orificios naturales o traumáticos. Durante el camino, abrió de pronto la guantera y sacó un revólver de tamaño más bien indiscreto. Soltó las manos del volante para hacer girar el tambor y comprobar que estaba cargado. Lo estaba, a juzgar por la cara que puso. Creo que le dije si era absolutamente necesario ir provisto de semejante herramienta para encontrarse con el anticristo, a lo que me contestó que nada más aconsejable, no por el anticristo en sí, que era criatura incapacitada para el menor conato de violencia, sino por el ambiente suburbial en que íbamos a movernos, ese arquetípico sur bogotano cuya sola mención concitaba siempre toda clase de alarmas y prevenciones. Y fue entonces cuando empezó de veras a intrigarme la estrafalaria oferta del geógrafo Eizaguerín.

Atravesamos las últimas reconocibles zonas urbanas y nos sumergimos en un dédalo de callejas sin asfaltar, con casas de dos pisos a lo sumo, aisladas a veces entre sí por unos potreros taponados de matorral y unos galpones medio ruinosos. En uno de ellos aparecía un gran cartel donde podía leerse una verdad absoluta: "Se compran chatarras férricas y no férricas". Al cabo de un buen rato, el coche se detuvo a la puerta de una cantina que más parecía un cobertizo mortuorio. El geógrafo Eizaguerín se metió el revólver por dentro de la cintura del pantalón y me invitó a bajar. La cantina era una chabola adecuadamente inmunda. Dos hombres que bebían junto al mostrador, tras el que no había nadie, y tres mujeres sentadas alrededor de una mesa, ocupaban casi enteramente el angosto recinto, hasta el punto de que podía parecer descarado abrirse paso entre ellos. Dos de las mujeres tenían aspecto de mendigas indias sin edad y la tercera parecía una mestiza envejecida en las refriegas de la servidumbre. Los hombres estaban de espaldas a la puerta y ni siquiera se volvieron cuando entramos. El geógrafo Eizaguerín me guió hacia un hueco que se abría a un lado del mostrador y por allí nos metimos.

Una penumbra mate, como una neblina incolora aplastada contra una superficie oscura, apenas dejaba ver un pasillo, a cuyos lados se abrían unos habitáculos o celdas tapadas por unas cortinillas andrajosas de arpillera que me recordaron las horrendas literas arrumbadas en los barracones de los campos de exterminio nazis. Salió entonces una sombra minúscula de una de las celdas, el bulto quizá de una niña, a la que seguía otra sombra mayor de hombre. Se oían por alguna parte jadeos y crujidos. A lo que más olía era a las "zahúrdas de Plutón", seguramente por la similitud hedionda entre aquel pasillo y la galería quevedesca que conducía al infierno. A medida que me fui habituando a la sombra, alcancé a distinguir justamente ese infierno: el más lóbrego y miserable antro que yo había visto nunca. Una mano, una garra nudosa apartó una de las cortinillas y me agarró por un brazo intentando arrastrarme al cubil de donde había salido. Yo me libré como pude al tiempo que me invadía una mezcla insoportable de náusea, estupor y claustrofobia. El geógrafo Eizaguerín, no más llegar al final del pasillo, tamborileó levemente con los dedos en una especie de postigo y, después de una espera que se me antojó insostenible, asomó una vieja o, mejor, una cabeza hirsuta de gorgona, y nos hizo pasar a un cuartucho donde se respiraba el vapor repulsivo de muchas basuras. Colgaba del techo una bombilla que apenas coloreaba de un levísimo tono amarillo las paredes mugrientas y el suelo cubierto de paja. Había un fardo arrumbado en el rincón más oscuro. La vieja movió la cabeza con el gesto de quien pregunta o pide algo y el geógrafo Eizaguerín le entregó unos billetes que llevaba estrujados en la mano.

Tengo la impresión, mientras evoco toda aquella pavorosa travesía de la laguna estigia, que hay como un componente de irrealidad en mi memoria y que no todo lo que digo debe responder a una reconstrucción fiel de los hechos. Porque cuando la vieja se dirigió al bulto que había en un rincón y levantó unos costales que lo cubrían, vi o vislumbré o imaginé una monstruosa apariencia de vida, una forma apenas humana cuya existencia repugnaba a la lógica más elemental y se incrustaba en lo más vulnerable de mi difidencia. ¿Qué era aquello? ¿Lo vi en realidad? Emitía un plañido de animal enfermo y se arrastraba lentamente junto a la pared, unas extremidades vagamente discernibles y una cabeza casi del mismo tamaño que el tronco, con un solo ojo y una hendedura a manera de boca en la parte inferior, de la que rezumaba una baba espesa de batracio. Me

sentía de veras despavorido y casi no advertí que el geógrafo Eizaguerín me daba con el codo y me susurraba al oído no sé qué sobre la más fidedigna versión conocida del anticristo. Yo lo único que acerté a responder, me imagino que a manera de ruego quejumbroso, fue que saliéramos de allí lo antes posible. Y eso fue lo que hicimos, muy a su pesar. Desandamos aquel trayecto horrible entre los cubículos nauseabundos, atravesamos el bar de la entrada y salimos al consuelo refrescante de la tarde.

Como advirtiera el geógrafo Eizaguerín que yo permanecía mudo, sin poder reaccionar todavía, me preguntó si me pasaba algo, que si no me había parecido fascinante la contemplación del anticristo. No sé qué contesté, porque vi que el geógrafo Eizaguerín, en lugar de dirigirse al coche que habíamos dejado allí mismo, se desviaba hacia la esquina de una calleja, por la que se asomó con la mano sobre la culata del revólver que llevaba metido por la cintura del pantalón. Ignoro qué enemigo esperaba ver aparecer por allí, pero tenía que ser altamente peligroso, pues noté que el geógrafo Eizaguerín balanceaba el cuerpo una y otra vez, exponiendo y hurtando la cabeza. No hubo, sin embargo, ninguna balacera. Cuando al fin subimos al coche, se me ocurrió sugerir, como si fuese un pensamiento escapado a mi pesar de su reclusión, que si aquella visita tenía algo que ver con un trabajo de campo o era simplemente la consecuencia de una maldita propagación de las enfermedades del alma. El geógrafo Eizaguerín se me quedó mirando, sin importarle para nada la indebida dirección que iba tomando el vehículo, y cuando pareció reaccionar ya fue tarde. El coche se subió a una acera por la que afortunadamente no circulaba nadie y una de las ruedas vino a encajarse en un alcorque desprovisto de árbol, pero de profundidad suficiente como para impedir cualquier maniobra. El geógrafo Eizaguerín se bajó del coche y empezó a inspeccionar el daño y a blasfemar con saña de demente. Me dio la impresión de que todas aquellas manifestaciones de cólera se dirigían a mí, tal vez porque el colérico me atribuía la culpa del percance, al que no eran ajenas mis notorias dudas respecto a la personalidad real del anticristo. Y ahí se inició una disputa carente de toda lógica, encadenada a un intercambio de argumentos cuya misma gratuidad los hacía más enconados, recrudecidos quizá por mis habituales subidas de la tensión pendenciera. Pero la cosa no pasó a mayores. Unos transeúntes ayudaron a sacar el coche del atolladero y, como temiera que la discusión parecía a punto de reintegrarse al punto en que se había interrumpido,

decidí abandonar el lugar de los hechos y reemprender por mi cuenta el regreso al centro urbano, adonde llegué sin mayores tropiezos.

••••

De modo que así andaban las cosas cuando un día emprendimos el viaje de regreso, cuyas distintas fases y conexiones habían sido minuciosamente planeadas: de Bogotá a Cali, en avión; de Cali a Buenaventura, en taxi, y de Buenaventura a Barcelona –con escalas en Panamá, Curaçao, la Guaira y Tenerife-, en barco. La idea en principio era buena, y lo fue a la larga, incluso contando con las presumibles incomodidades motivadas por Rafael, aún lactante. Pero el arranque del viaje tampoco dejó de incluir algún serio traspiés. El caso fue que llegamos a media tarde a Cali, en cuyo aeropuerto ya nos esperaba el taxi que habría de trasladarnos a Buenaventura, en la costa del Pacífico, de donde zarparía el barco al día siguiente. Todo iba sucediendo según lo programado. El coche era cómodo y atravesaba a regular velocidad las gargantas de los Andes occidentales. Rafael parecía tranquilo, tal vez acunado por la mano balsámica de aquellos aires benévolos, de una limpidez que remitía al brillo y la frialdad del aluminio. La carretera, sólo a trechos aceptable, se internaba por un paisaje desigual, de impresionantes declives boscosos y extensos hondones desérticos, bruscamente ennegrecidos por la apresurada extinción de la luz, esa carencia de crepúsculo que viene a ser como la contrametáfora de un mundo habituado a las medias tintas.

De repente, cuando cruzábamos por un paraje selvático al pie de la cordillera, el taxi soltó un bufido anómalo, amagó unos acelerones desusados y se quedó angustiosamente inmóvil. Ya era noche cerrada y una negrura tupida, como envuelta en la densidad agreste de la vegetación, se interponía entre el coche y el mundo. El chófer permaneció unos segundos callado, mirando a ninguna parte, hasta que prorrumpió en una retahíla de maldiciones y se bajó a averiguar qué podía haber ocurrido. Enarbolaba una linterna que expandía un resplandor como de cirio y desapareció tras el capó. No se veía ni un alma en toda la redonda y la carretera tenía el aspecto de llevar años abandonada. Llegaba hasta allí la algarabía recóndita de la selva, que se cerraba sobre el camino como las paredes verdinosas de un túnel. Rafael se inquietó ante semejante alteración del orden viajero

y Pepa se afanaba por tranquilizarlo con todos los trucos posibles. Yo me bajé a ver qué pasaba. El hábito a la oscuridad permitía ahora distinguir los contornos, fantasmagóricamente esbozados bajo los claros de estrellas que dejaban unas nubes malvas y veloces. El chófer estaba de veras abatido y me explicó que debido a no sé qué fatalidades mecánicas, no es que se considerara incapaz de arreglar la avería, es que necesitaba una pieza de repuesto que sólo en Cali o en Buenaventura se podía encontrar. O sea, que lo único que se podía buenamente hacer era esperar la intercesión de alguna divinidad influyente. El chófer volvió a acomodarse en su asiento, encogiéndose sobre sí mismo con una resignación más que alarmante y con todo el aspecto de disponerse a aguardar así la mediación divina o la ruina humana. El sinvivir de Pepa, el desasosiego de Rafael y la convicción martirizante de mi impotencia, ocupaban todo el espacio de la historia.

He perdido la cuenta del tiempo que estuvimos en esa situación: inmovilizados y desvalidos. Y menos mal que el barco no zarpaba hasta el día siguiente a media tarde, cosa que al menos suponía un indirecto atenuante de la adversidad, si es que eso podía proporcionar entonces algún alivio. Según el chófer, estábamos a unos treinta kilómetros de Buenaventura, pero daba igual: ni parecía verosímil que pasara otro coche por allí, ni mucho menos resultaba viable cubrir a pie el resto del camino. Sólo cabía confiar en que, con el nuevo día, alguien transitara en uno u otro sentido por la carretera. Había empezado además a llover, una lluvia mansa, como de vahos superpuestos, que mojaba las manchas forestales y parecía removerlas con los destellos humeantes que dejaba el agua en las hojas. Creo que todos estábamos medio adormilados, tal vez también rendidos por la intimidación, escuchando los calientes surtidores de la lluvia, la actividad febril de los depredadores nocturnos, el impacto tenaz de los insectos contra los cristales, cuando de pronto el chófer pegó un respingo, encendió los faros y se bajó a toda prisa del coche. También yo me bajé y no tardé en oír la todavía remota vibración de un motor. El chófer se situó en mitad de la carretera y fue entonces, mientras hacía señas con aquella especie de candil que apenas traspasaba la oscuridad, cuando deduje con absoluta certeza que no iban a hacerle caso. Efectivamente, en aquel país asolado por la violencia, donde en cada camino había apostado un ladrón potencial, nadie en su sano juicio se detendría de noche, y menos en un paraje tan solitario y sospechoso como aquel, a ver qué ocurría. Pero no

tuve tiempo de hacer más cábalas. El coche, que venía en la misma dirección que la que nosotros habíamos traído, fue frenando juiciosa –o temerariamente, según se mire- y al fin se detuvo frente a donde estábamos, en mitad de ese inusitado atolladero de la noche.

Tras los premiosos saludos y las prolijidades explicativas de rigor, hubo un espeso intercambio de opiniones entre el conductor del coche recién llegado, que iba con su familia a Buenaventura, y nuestro chófer. La conversación llevaba camino de atascarse indefinidamente, a juzgar por la acumulación de hipótesis de escasa sensatez y circunloquios que no venían al caso, así que medio monté en cólera para reiterar una vez más lo que ya había sugerido: que la única solución factible era avisar a otro taxi en Buenaventura para que viniese a recogernos. Y en eso quedamos y así ocurrió afortunadamente, si bien aún tuvimos que esperar más tiempo del ya soportable, sintiendo de algún modo el paso de ese tiempo avanzando a duras penas por los tremedales de la jungla circunvecina. Ya casi desesperábamos de que llegara nadie a auxiliarnos, cuando se distinguió el resplandor de unos faros desplazándose por el fondo del paisaje y, enseguida, el gustoso ruido del motor del taxi que habría de conducirnos finalmente hasta el hotel de Buenaventura.

Sólo puedo evocar de manera defectuosa la vista de la ciudad desde la ventana de la habitación del hotel: una especie de enclave suburbial y con no sé qué de lacustre, surgiendo como desde dentro de las aguas negras del Pacífico. El cielo era una concavidad amorfa, una bóveda vacía donde la única referencia perceptible era la rotación general de la tiniebla. Entreveo un muelle brumoso, una dársena traspasada por las ráfagas oblicuas de la lluvia, los tinglados portuarios embutidos en la sombra, unas embarcaciones de poco tonelaje atracadas al malecón, pausadamente columpiadas por el oleaje. El lugar adecuado para que el asesino esperara a su víctima entre los bultos apelmazados de la penumbra. Una humedad tórrida subía desde el fondo de la noche, pero esa noche no aparece verdaderamente en ningún distrito de mi memoria, sólo conservo la sensación escueta y emocionante de estar asomándome al Pacífico por primera vez, el aliento oceánico de un mundo desconocido que remitía no obstante a otros reconocibles mundos legendarios. Tampoco hay calles en ese recuerdo, a lo sumo una rambla que baja hasta la verja del puerto y, sobre todo,

un olor triste saliendo de todos los rincones de Buenaventura, una pestilencia antigua hecha de frutas fermentadas y aceites descompuestos y aguas marchitas.

Ni Pepa ni Rafael ni yo dormimos aquella noche, o el ya exiguo tramo que quedaba de la noche. Pero tampoco importaba mucho. A lo mejor aproveché aquel último profuso insomnio colombiano para intentar reconocer sin apenas darme cuenta la naturaleza de aquel otro recóndito hemisferio en que se dividía mi imaginación, ese trecho de litoral perdido en las angosturas de un mapa que aún permanecía extendido frente a mi niñez y por cuyas rutas ilusorias tantas veces me había internado para llegar hasta donde ahora estaba. Sonó una sirena, dos melancólicos pitidos enroscándose en los confines del océano, impregnándolo todo de una resonancia lúgubre y turbadora, intercalando sus avisos en la ansiedad acumulativa del viaje.

Pero nuestro barco no arribaría hasta el amanecer.